

ISABEL

Pues tenle piedad.

BEATRIZ

Eso hago
sin que lo mandéis, Princesa.
Mas ya veo que habéis visto,
por la celada entreabierta,
los ojos del justador
que arrancó el guante al de Guiena.

ISABEL

No miraban al estrado.

BEATRIZ

No al estrado; á vos, Princesa.

ISABEL

¿Y ello fué?...

BEATRIZ

Nada con nada;
pero por nada se empieza.

ISABEL

Beatriz Bobadilla, tú hablas
según el nombre que llevas;

yo, Infanta en Castilla, cuido
que estoy á un paso de Reina.

*Viene por el fondo Mencia, dama
de Doña Isabel.*

¿Qué es, Mencia?

MENCIA

Que la tropa
de los justadores viene
para pedirnos la venia
con que á sus predios regresen.

ISABEL

¿Va el Duque de Guiena entre ellos?

MENCIA

De una herida que, aunque leve,
le alcanza á la sien, quedóse
maltratado por la fiebre,
para curarse, en las casas
de los Girón y los Téllez.

BEATRIZ

¡Donde esté días!

ISABEL

¿Y el noble
de Aragón?

MENCIA

Va juntamente
con los demás.

ISABEL

Yo he dispuesto...

MENCIA

Y el maestra sala Gutierre,
de parte de vuestra Alteza,
mandó que á veros viniese.
Dijo que él iba con todos;
que aunque estima y agradece
la distinción, él es hombre
de andar en la turba y quiere
que de ella sus hechos, no
sus príncipes, le releven.

BEATRIZ

¡Linda arrogancia!

ISABEL

¡Que yo
le devolveré con creces!
Ya estás entrándome á todos,
Mencia;

Sale Mencia, inclinándose.

y tú ya me tienes

tan curada de haber sido,
siquiera un instante, débil;
que como es por castigarme
la dureza que en él muestre,
¡tal será que á ejemplo vaya
de arrogantes descorteses!

BEATRIZ

¡Bravas pavesas!... Y al aire,
¡qué poca duración tienen!

Aparecen en las almenas, cambiado por el de Corte su traje de guerra, los justadores. Les siguen damas, pajes y Gutierre de Cárdenas. Hay una pausa. Al verles, dice la Princesa:

ISABEL

Señores, los que de Ocaña
mostrasteis en el palenque
cuán de pluma es á los bravos
el hierro de los arneses:
mis damas os tengan mesa,
mis pajes os sirvan fieles,
y unos y otras, al serviros,
en el servicio os demuestren
cuán pagada está su dueña
de españoles y franceses:
yo os saludo.

Empieza la tropa á salir, continuando su camino por las almenas.

¿No decíais,
mi buen Cárdenas Gutierre,
que hay un noble de Aragón
que hizo proezas solemnes,
justando con el de Guiena,
casi acabado el palenque?

GUTIERRE

¡Y os lo confirmo!

ISABEL

¿Ha venido
con todos?

GUTIERRE

Con todos viene.

ISABEL

Decid quién es, maestresala
Cárdenas.

GUTIERRE

Señalando á uno de los caballeros

¡Ese!

ISABEL

¿Quién?

GUTIERRE

Volviendo á señalarle.

¡Ese!

ISABEL

Sin mirarle; á los demás.

Pues salid, y el que ha justado
con el de Guiena se quede.

Salen todos, incluso Mencia y Beatriz, por la puerta de la derecha; quedan solos en escena Doña Isabel y el caballero, para ella desconocido.

¿Erais vos?

DON FERNANDO

Era, en un tiempo;
pero ya no soy.

ISABEL

¿Tan tierna
mostráis, señor caballero,
la mano, en vuestra defensa,
que así tenéis y perdéis
los dones de la existencia?

DON FERNANDO

Puse mi existencia en otras
manos, señora, y la sueltan;

ó ella pesaba, ó las manos
de que os hablo eran ligeras.
Nací á una esperanza; he muerto
del desdén de una Princesa.

ISABEL

¿ Puedo en su nombre, ya que
las jerarquías concuerdan,
mandaros vivir el tiempo
de darme algunas respuestas ?

DON FERNANDO

Ya he vuelto á nacer, que tanto
puede, mandado, una bella;
pero, atendiendo á que acabo
de nacer, cuidado, Princesa,
de no hacer tales preguntas
que corresponder no sepa;
poco alcanza y poco sabe
quien hoy á vivir empieza.

ISABEL

¿ Qué nombre usáis ?

DON FERNANDO

El que vos
queráis llamarme.

ISABEL

¿ Qué letras
ó qué armas, en los blasones
de vuestro escudo, campean ?

DON FERNANDO

No tengo escudo.

ISABEL

Poned
que yo os le doy; ¿ qué leyenda
grabáis en él ?

DON FERNANDO

Grabaré
dos eses por toda letra.

ISABEL

¿ Por qué dos eses ?

DON FERNANDO

Señora,
mi nacimiento va en ellas.
Una tarde, en un alcázar
de una villa de estas tierras,
la majestad de una Infanta,
fingiendo ignorar, soberbia,
lances, por míos menguados,

grandes por pasar ante ella,
 «¿quién hizo tal?», preguntaba,
 usando por verbos flechas...
 Y un maestresala, con nieve
 de inviernos en la cabeza,
 «¡ése, ése!», dijo, mostrándome
 por que la Infanta me viera.
 Conque dos «eses» pondré
 sobre mi escudo por letra,
 ya que ellas me señalaron
 á vuestra mirada excelsa
 y ya que, al decir un hombre
 «ése, ése», fuí yo, Princesa.

Se inclina.

ISABEL

Mudáis contra mí los hechos;
 pero la fábula es bella;
 con que, para andar en bocas,
 no pide más la leyenda.
 Y ahora os pregunto: Supuesto
 que en vuestro escudo están puestas
 ambas cifras, al mirarlas,
 ¿cómo queréis que se lean?
 ¿«Solo, solo» contra todos?

DON FERNANDO

Avanzando unos pasos y disponiéndose, con gentileza y emo-

ción, á besar las manos de Doña Isabel.

«Siempre siervo» de su Alteza.

ISABEL

Condescendiendo á perdonarle su pasada arrogancia, tiende su diestra al caballero, con exquisita gracia de rendimiento femenino.

Venís de Aragón, llevábais
 la ventaja en la contienda;
 que no he de usar con vosotros,
 los hijos de aquella tierra,
 el trato que ella me da,
 sino el que yo le pidiera.

DON FERNANDO

Si al Infante de Aragón
 queréis acusar, Princesa,
 yo, su amigo, que otro igual
 no lo conoce en la tierra,
 con venia que os pido, quiero
 saber en qué os hizo ofensa.

ISABEL

Cuando feríaba Castilla
 la mano de su Princesa,
 los de Portugal vinieron
 con su Rey á la cabeza;
 vinieron los de Borgoña

trayendo al Duque de Guiena;
 los de las Islas Bretonas,
 con Ricardo de Inglaterra:
 sólo el de Aragón no vino,
 mandó embajada soberbia;
 mas del Infante no me hablan
 sino, tal vez, estas piedras,
 por el corazón que tiene,
 que será duro como ellas.

DON FERNANDO

*Dejando una pausa y acertando á
 duras penas á velar el sentimien-
 to y la persona.*

Si antes que reinar, amar
 las nobles almas desean,
 antes que el Infante, el hombre
 debía veros, Princesa.
 Pues bien pueden estas justas
 ser la ocasión que aprovecha
 de esconderos sus miradas,
 y oculto en la turba observa
 si la madre de sus hijos
 tal será como él desea.

*Cada vez más velada la voz por la
 emoción.*

Que si Castilla á Aragón
 lecciones da de grandeza,

Aragón viene á Castilla
 para enseñarle cautela;
 y este Infante, de que os hablo,
 porque anda remiso, os muestra
 que no quiere, como tantos,
 ofrecer un reino á secas,
 sino un corazón con él,
 que ya vuestro amor lo llena.
 ¡Maneras de su Aragón,
 que buscó siempre manera
 de juntar palacio y casa,
 trono y llar, mesa y artesa!

ISABEL

Reconociéndole casi.

Si ello es así...

DON FERNANDO

Y no habléis mal
 del Infante, que pudiérais
 tenerle cerca, ignorándolo.

ISABEL

Esperanzada.

¿Cerca decís?

DON FERNANDO

*Transición; con disimulo y lige-
 reza.*

Y tan cerca :
¿ pues no decíais que son
su corazón estas piedras ?

ISABEL

Descorazonada, en tono de queja.

¿ Sabéis que conmigo hacéis,
soltando y guardando prendas,
como si, ovillando estambre,
tirarais de la madeja ?

DON FERNANDO

¿ Sabéis que bien puede ser
que si tal hago tal quiera,
por ver si enredo en los cabos
un corazón de Princesa ?

ISABEL

¿ Vos pretendéis ser su amigo
del Infante y vuestra lengua
me ofende, sin ver quién soy ?

DON FERNANDO

Conteniéndose; hábil.

Por él hablo.

ISABEL

Asintiendo, complacida.

Por él, sea.

DON FERNANDO

Pues vamos á dar con él
poniendo planta en su tierra.

Avanza todavía unos pasos; la Princesa, pendiente de sus labios, le escucha sin perder sílaba.

Pasada Ateca, dos días
más allá de la frontera,
Calatayud á una mano,
la Almunia enfrente; una senda
que como arroyo en verano
corre blanca y va entre yerbas,
al palacio, en Zaragoza,
de la Aljaferia os lleva.
La tarde que, de embajada,
salimos para esta tierra,
cantaba una moza un canto
mendigando ante sus puertas;
y era el cantar de la moza
tan hecho á nuestra manera,
que al ir pasando á su lado
le dimos todos moneda...
Recuerdo algunas palabras;
no llegan á diez; son éstas:

*Las flores de Aragón
dentro en Castilla son.*

Si el estribillo es verdad,
¿ queréis repetirlo, Alteza ?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

32854

ISABEL

Quebrada la voz, de una emoción indecible.

*Las flores de Aragón
dentro en Castilla son.*

Decidle al que bien las quiere,
que dentro están y entre piedras;
que tienen por aire fuego,
sangre en las raíces tiernas
de las traiciones de hoy,
de las desventuras viejas...
Si bien las quiere, sus flores,
decidle á Aragón que venga:
¡no sea tarde, y más tarde
si descarga la tormenta!

Cuando el Infante, sin poder contenerse ya, va á darse á conocer á la Princesa, entra bruscamente por la puerta lateral derecha el Cardenal de Arrás. Situación. El Cardenal manifiesta, en la actitud, que deplora haberles interrumpido, y dice:

CARDENAL

Perdonad...

ISABEL

Dueña de sí; haciendo transición.

No, Cardenal.

Vos perdonadme; soy vuestra.

A Don Fernando.

Guárdeos Dios, el caballero;
yo os agradezco las nuevas,
y en tanto, por el servicio
que me habéis hecho con ellas,
una banda he de bordaros
con las dos eses por letra.

DON FERNANDO

Saludando gentilmente al salir por el fondo.

Clavad vuestra banda al astil
que parte el sol en la arena;
conmigo se la disputen
los dos reinos que os desean,
y yo he de arrancarla solo
contra diez, á quien más pueda:
decidlo, Dueña, al Maestre;
vos, Cardenal, al de Guiena.

Sale. Abriendo la puerta de la izquierda, entran dos pajes con hachas. Uno de ellos deja la suya en un garfio, iluminando la escena; el otro abre la puerta de la torre, clava su hacha en otro garfio, iluminando los peldaños, y los dos salen por la lateral derecha. La puertecita de la torre quedó abierta. Comienza á oscurecer el cielo sobre el adarve. Entretanto, Doña Isabel, partido el noble aragonés y viendo que el Cardenal hace ademán de seguirle, ha dicho:

ISABEL

Pero ¿os marcháis?... ¿No tenéis,
esta noche, nuestra mesa?

CARDENAL

Por malaventura suya
quedó en su lecho el de Guiena;
conque es razón que á su lado
cumpla, esta noche, la vela.

ISABEL

Diréisle por mí, en llegando,
los cuidados que me quedan
por lo que sé de su herida;
que sanará pronto de ella,
que aquí da bálsamo el aire
porque Ocaña es tierra seca.

CARDENAL

Le diré así.

ISABEL

¿Y el Maestro?

CARDENAL

No le veréis; tuvo nuevas
de que andan por los caminos

enemigos que os acechan;
tocó alarma, y como un rayo
salió con su gente afuera.
Cercado tiene el castillo,
guardadas todas sus puertas;
ya no entra ni sale nadie
que él lo ignore ó que él no quiera.

ISABEL

Pero ¿vos...?

CARDENAL

Sonriente, mostrando un pasaporte.

Tengo viaje
de su mano que abre puertas.

ISABEL

Pero el noble aragonés,
que lo ignoraba...

CARDENAL

Con un tono de impertinencia irónica que no alcanza á disimular.

Princesa,
para brindarle, saliendo,
la protección de mi seña,

yo iré tras él; no otra causa
tuvo mi retardo que ésta.

ISABEL

¡Pues volad!

CARDENAL

Vuelo, sabiendo
que sirvo á vuestra impaciencia.

Ha conservado el mismo tono hasta el final, hace acatamiento á la dama y sale por el fondo. Doña Isabel queda unos segundos pensativa; murmura para sí.

ISABEL

*Las flores de Aragón
dentro en Castilla son.*

Al fondo, el cielo es cada vez más negro sobre las almenas; la Infanta mira desde la puerta hacia el camino. Repentinamente, mostrando en la voz toda la inquietud de su recelo, exclama:

¡Sólo el Cardenal!... ¿Qué pasa?
¿y el de Aragón?... ¿dónde queda?

Descompuesta y precipitadamente va á salir por la lateral derecha; tropieza con la Bobadilla, que también viene alarmada y gritando:

BEATRIZ

¡Señora, alzad vuestra gente!

ISABEL

Beatriz, ¿qué es ello?... ¡serena!

BEATRIZ

¡Que al de Aragón, en el puente,
le ha prendido el de Villena!

ISABEL

¡Fuego de Dios! ¡Basta ya
de dar el cuello al cuchillo!

Va hacia el fondo.

Mas ¿qué puedo hacer, si está
cercándome en el castillo?

Rumor confuso en lo alto de la escalerilla de la torre; Gutierre de Cárdenas, descendiendo precipitadamente por ella, grita:

GUTIERRE

¡Si la Infanta no os socorre,
la niego!

ISABEL

Saliendo á su encuentro.

Cárdenas, ¿qué es?

GUTIERRE

¡Meten al aragonés
en la prisión de la torre!

ISABEL

¡No!... Las puertas de su encierro
hierro son, polvo mi mano;
¡pero esta vez, castellano,
la mano romperá el hierro!

A los dos.

¿Sabéis tras quien se han cerrado
las puertas de la prisión?...

Uno y otro la dejan sin respuesta.

¡Tras del Príncipe, mi honrado,
Don Fernando de Aragón!

GUTIERRE

Pero ¿es él?

BEATRIZ

¿Habláis razón?

GUTIERRE

Pero ¿os lo han dicho?

ISABEL

¡Lo sé!

¿ó para qué llevaré
dentro de mí un corazón?

Rápida, imperativa, decidida, magnífica.

Beatriz, el momento es éste
de hacer lo dicho; te llegas
para el obispo Carrillo
como te dejen ó puedas;
burla guardias, filtra muros,
fuerza puentes, pasa rejas,
llega al cerro, tráete lanzas,
no mañana, hoy mismo sea;
si tienes que matar, mata;

Le da su puñalito de dama, que lleva al cinto.

si tienes que premiar, premia.

Le da su collar de perlas. Sale Beatriz, sin palabras, por la derecha.

Y tú, Gutierre de Cárdenas,
mi leal á usanza vieja,
que fuiste paje en la Casa
de Fernando el de Antequera,
su sangre es éste; no temo
de su prisión las cadenas,
sino la puerta, por donde
muerte y veneno le acechan;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que hoy es uso, á los que prenden,
acabar de esta manera...

Tú y yo, juntos, allá vamos,
contra el quicio, ambos, por tierra,
pese al sueño, pese al hambre,
sin cesar, de centinela,
á que entrando, encuentren todos
tu puñal ó mi grandeza.

¡Mal comienzan los amores
del Infante! Pero él vea
que si en Castilla, leones,
nos arrancan la melena,
¡para guardarle seremos
perros, los dos, á su puerta!

Y, sublime, apoyándose en el brazo del noble escudero, sale en furia por la escalera arriba.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una sala en el palacio que ocupaba en Madrigal la reina viuda de Don Juan II, Doña Isabel de Portugal, madre de la Princesa Doña Isabel de Castilla.

Al fondo, puerta sobre un corredor gótico de amplios ventanales con ojivas.

A la izquierda, puerta comunicando con las habitaciones de la Reina.

En el primer término de la derecha, mirador de dos ojivas con poyos de piedra al pie. En segundo término, puerta comunicando con el resto del palacio.

Cerca del mirador, pequeño estrado.

Mesa con lo necesario para escribir; sillones de cuero. En todo el atavío, una parquedad y pobreza que delatan la miserable situación de la Reina viuda.

Luz de mañana clara.

Al levantarse el telón, el Obispo Carrillo, que acaba de llegar á Madrigal, estará hablando con doña Lucinda, una de las escasísimas damas de la anciana Reina.

LUCINDA

Saliendo de la lateral izquierda.

Señor don Alonso, la Reina parece
que en razón está.